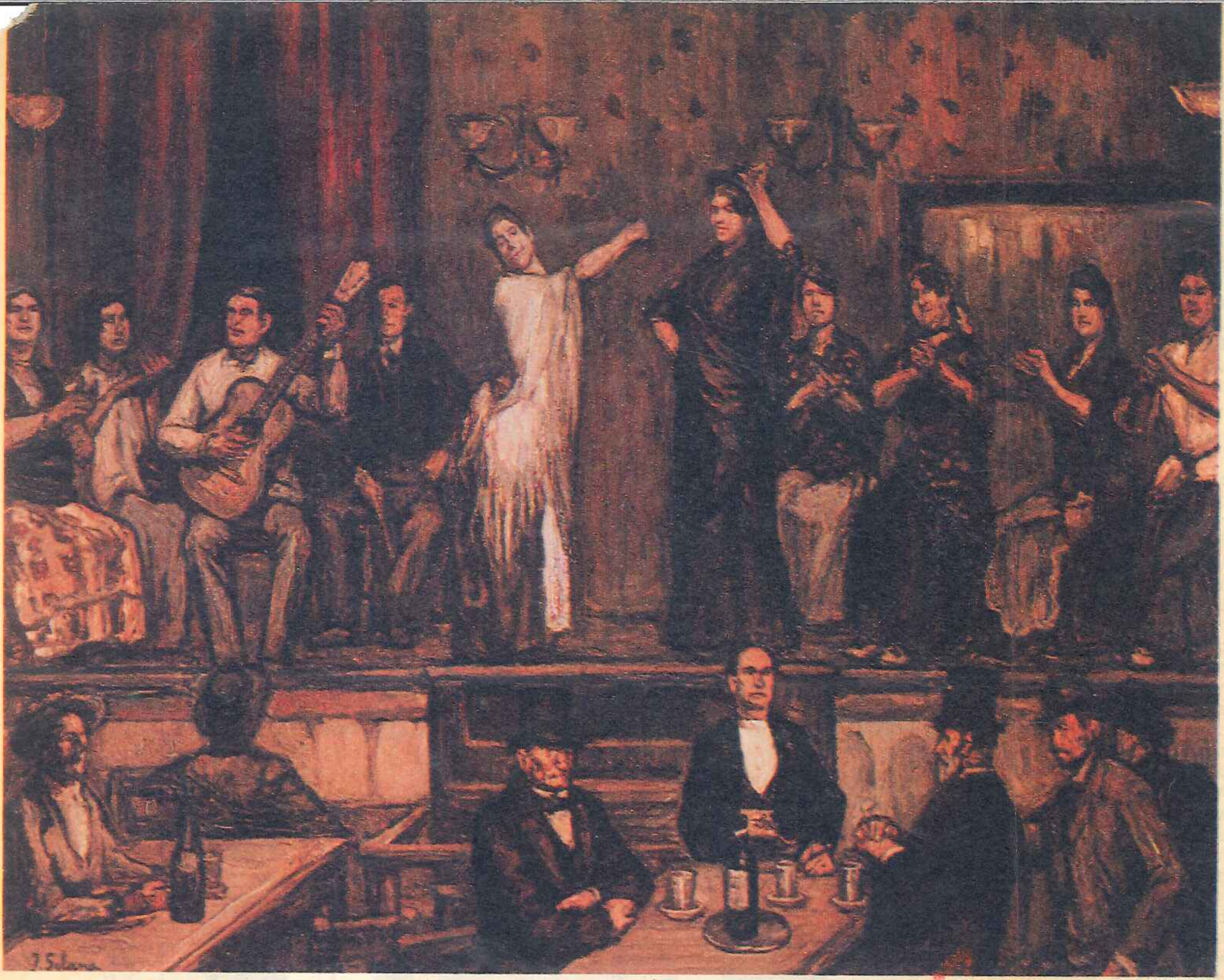


APE

Así vio José Gutiérrez Solana el «Café del Burrero», uno de los «cafés cantantes» más populares en la Sevilla de finales de siglo. Por aquí pasó Antonio Chacón en los comienzos de su carrera artística y desde aquí daría el salto hasta el «Café de Chinitas» malagueño.

DON ANTONIO CHACON, «PAPA» DEL CANTE

A caballo entre dos épocas, Chacón es la cima del arte flamenco y el inicio de su corrupción.

Por Angel ALVAREZ CABALLERO

ABC (Dominical XI-2-79)

«PERO al llegar Chacón —escribe Molina y Mairena—, el más perfecto y virtuosista de los grandes maestros, tocamos otra etapa, que él inauguró: el período "teatral"; por lo que el ilustre flamencólogo francés Georges Hilaire le ha llamado "fuente genial del flamenco malo".»

En efecto, Antonio Chacón, don Antonio Chacón, nos puede servir como nexo de unión entre dos épocas bien definidas del arte flamenco: la clásica, la Edad de Oro, y la teatral, en que el cante avanzó un paso más hacia la conquista de públicos mayores. Esta fue la tarea de Chacón, de cuya muerte se cumple medio siglo en este mes de enero que inicia el año 1979. Antes, Silverio Franconetti había sacado al cante de la taberna para llevarlo al café cantante; después, Pepe Marchena cerraría el ciclo llevando al flamenco a una total vulgarización con el operismo. Tres payos protagonizaron estas tres operaciones decisivas en la evolución del flamenco: ¿casualidad?, ¿coincidencia en una forma de ver el arte?, ¿una mayor visión de futuro?...

"A ti te dirán papa del cante"

Nada menos que Enrique el Mellizo dio el espaldarazo decisivo a Chacón en su carrera. Ello ocurrió, según algunos autores, el día de Santiago, veinticinco de julio de 1879, cuando Antonio contaba solamente catorce años, pero esto no concuerda con otros datos bastante fidedignos que vamos a considerar en seguida. El matador Hermosilla celebraba en la tienda de bebidas de la plaza del Progreso el triunfo en la corrida que había toreado aquella tarde en Jerez. El colmado pertenecía a Juan Junquera, también famoso «cantaor» de la época. Según Manfredi, Junquera había mandado recado a Chacón para que acudiera, porque había mucha gente que quería escucharle en serio, pero, en cambio, el guitarrista Javier Molina, que vivió muy de cerca la adolescencia y los primeros años en el arte del «cantaor», parece indicarnos lo contrario cuando dice, refiriéndose quizá a un año o dos más tarde de dicha fecha: *«Entonces hablamos a Junquera de Antonio Chacón para que lo contratara también. Pero Junquera no lo quería, porque Chacón valía muy poco en aquel tiempo, y todos los cantadores que tenía valían más que él. Hasta que, a fuerza de ruegos y recomendaciones, lo contrató por muy pocos días, y tuvo que despedirlo, porque no gustaba, a pesar de ser de Jerez».*

De cualquier forma, esa reunión en el local de Junquera debió celebrarse, pero yo creo que algunos años más tarde, por las razones que luego veremos. Junto a Hermosilla estaban nada menos que los «cantaores» Enrique el Mellizo —a quien le unía una amistad íntima con el torero— y Joaquín Laserna, también llamado Lacherna, un gitano de Jerez, tío de Manuel Torre. El cante del muchacho maravilló a todos los presentes,

FOTOS: ARCHIVO DE JOSE BLAS VEGA, APE Y COPRENSA

y en especial a Enrique el Mellizo, quien —según la versión quizá un tanto imaginativa de Manfredi— *«se levanta con la majestad de un rey. Le pone la mano en el hombro, le mira cara a cara. Antonio Chacón resiste la mirada. Hay en sus ojos un brillo y un temblor, como las chispas que tiemblan en el fondo de un pozo cuando alguien le asoma un farol encendido al brocal».*

«Hijo... A ti te dirán un día papa del cante ...Te lo digo yo, Enrique el Mellizo, que sé lo mío de estas cosas...»

Riñas por oírle cantar

Al día siguiente, el propio Mellizo convenció al padre de Chacón para llevárselo a Cádiz, a cantar al café donde él actuaba. Ocurría esto en 1885, según señala Quiñones, tomando quizá el dato de Javier Molina. Andaba, pues, Chacón al filo de los veinte años, y no por los catorce que tendría caso de haber sido su encuentro con el Mellizo en 1879. Están perfectamente historiadas, por lo demás, las andanzas profesionales del «cantaor» a partir de aquella fecha por los cafés de cante andaluces y después en Madrid.

Ganaba Enrique el Mellizo una onza cada noche, y Chacón, siete pesetas. Fue allí donde el joven aprendió del viejo el cante por malagueñas, en el que tanto brillaría.

Años después, un aficionado de casta a lo jondo, don Juan Antonio Gómez y Arámburu, más conocido por Juanelo Gómez, enfrentó en un torneo de cante al Mellizo y a Chacón. La competencia tuvo lugar en *«El Siglo»* y fue memorable, pues duró dos días y prácticamente toda la afición gaditana acudió en masa a oírles. *«Los apasionados oyentes llegaron a acumularse de tal modo que invadían la calle de Cervantes, donde existió aquel colmado, y se produjeron, por un centímetro más de proximidad a los artistas, desavenencias, riñas y algún que otro golpe.»*

Veinte pesetas de sueldo

Desde Cádiz, la fama del muchacho comenzó a extenderse rápidamente por toda Andalucía, y los aficionados hablaban de su arte y no paraban. Silverio Franconetti, que entonces regentaba su café cantante en Sevilla, no podía mostrarse insensible al

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

Chacón en los años de su madurez. Tras su paso por Madrid, don Antonio se había convertido en un verdadero «rey del cante».

nuevo valor de quien todos se hacían lenguas y envió a un hombre de su confianza para contratarlo.

En Sevilla, Chacón armo el taco. Primer «cantaor» que allí cobró veinte pesetas de sueldo, según testifica Fernando de Triana, quien comenta: *«¡Hay que ver! Los "cantaores» más notables que hasta entonces se habían conocido nunca cobraron más de diez pesetas de jornal...».* Y añade, refiriéndose al éxito del joven «cantaor»: *«Todos los notabilísimos artistas de la época de Chacón prescindieron de sus derechos de antigüedad y acordaron cantar por delante del fenómeno. Así serían escuchados e indiscutiblemente aplaudidos, pues al terminar Chacón la primera sesión quedaba el salón completamente desalquilado de personal hasta que de nuevo comenzaba el público a concurrir para la sesión de madrugada; ésta terminaba a las cuatro de la mañana, que allí parecían las diez de la noche, y nadie se movía de su asiento hasta que Chacón terminaba o, mejor dicho, cerraba el espectáculo».*

«Mientras esto ocurría, el salón convertíase en nave de iglesia; con un silencio sepulcral, sólo interrumpido en algún tercio de cante por la voz del gran Silverio, que nervioso y conmovido solía, en voz baja, murmurar a la vez que lloraba emocionado: "¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro!".»

Coincidió, en el año 86, que mientras Chacón cantaba en el Café del Silverio, en el del Burrero lo hacía Fosforito, *«y a ruegos de la afición* —seguimos leyendo al de Triana—, *tuvieron que entenderse las dos empresas y arreglar los turnos de los dos "cantaores", de forma que pudiera el público salir de escuchar a uno y llegar a tiempo de escuchar al otro. ¡Cómo se ponía el trayecto comprendido entre la calle Rosario y la calle Tarifa! Verdaderas bandadas de aficionados de todas las clases sociales comentaban lo que acababan de oír, deseando que llegara el momento de escuchar al otro ídolo para después enjuiciar con verdadero conocimiento crítico la labor realizada por los dos competidores amistosos».*

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

El «cantaor», en una actuación con el guitarrista Montoya.

Franconetti y Chacón: admiración recíproca

Si Silverio lloraba oyendo a Chacón, hay que decir que éste guardó toda la vida hacia el maestro una profunda veneración. Si alguien pretendía ensalzarse a él a costa del otro, el jerezano le paraba inmediatamente los pies, replicando:

—*Para hablar de ese señor hay que descubrirse. ¡Es muchísimo mejor que yo!*

Y cuando al terminar un cante en una juerga cierto marqués le abrazó emocionado, gritándole que él era mejor que Franconetti, Chacón le cortó en seco:

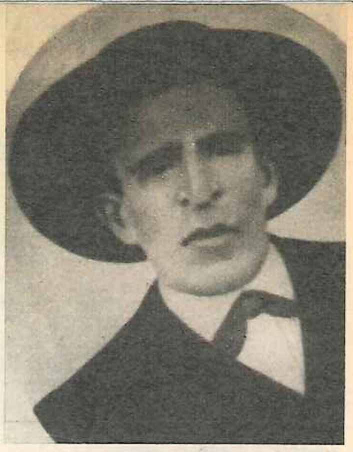
—*¿Pero qué está usted diciendo, señor marqués? ¡Si yo soy una zapatilla al lado de ese monstruo!*

APE

Silverio Franconetti

APE

Pepe Marchena



APE

Enrique «El Mellizo»

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

Manuel Hermosilla

Cuando cantaba Chacón, el gran Silverio Franconetti se echaba a llorar como un niño murmurando «¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro!»

A partir de aquella temporada primera en el café de Silverio, a Chacón se lo disputaron ya todas las empresas. De él pasó al local de Manuel el Burrero, en la misma Sevilla, donde lo contrataron para el legendario Café de Chinitas malagueño.

Allí conoció en 1892 a Juan Breva, ya en sus últimos años, que fueron casi miserables, lo que le obligó a seguir trabajando en ventas y tabernas, aunque estaba prácticamente ciego. En una reunión privada, el joven cantó para el viejo maestro. Primero, un cante por caracoles.

—*¿Adónde aprendiste ese cante* —le preguntó el patriarca.

—*Lo aprendí del viejo José, el de San Lúcar...* —respondió el jerezano.

Después Chacón cantó por malagueñas, y Juan Breva preguntó de nuevo:

—*¿Quién es el rey de los malagueñeros?*

—*Usted, señor Juan* —respondió Chacón.

A lo que el viejo maestro de Vélez replicó:

—*Pues yo te digo desde ahora, en este Café de Chinitas que tantas malagueñas me tiene escuchadas, que tú cantas mejor que yo esa malagueña nueva.*

Así lo cuenta Manfredi Cano, y el episodio quedó plasmado en una copla que todavía se repite sin cesar:

«En el Café de Chinitas
cantó una copla Chacón,
y le contestó Juan Breva:
Cantas tú mejor que yo
esa malagueña nueva.»

Por los caminos de Andalucía

Chacón había nacido en la calle del Sol, número 60, de Jerez, en 1865. Su padre era zapatero y hubiera querido que le siguiera en el oficio, pero el pequeño desde muy niño se aficionó de tal manera al cante flamenco que vivía pensando sólo en acudir por las noches a los «tablaos» a oír desde fuera a los artistas que allí actuaban, o a las fiestas del barrio de San Miguel, donde le conocían y le pedían en seguida que cantara. El padre le reprendía, pero nada conseguía. A los diez años se colocó de peón en la tonelería de Regife, donde tampoco duró mucho.

Sería un chiquillo de doce o trece años cuando comenzó a reunirse con Javier Molina y un hermano de éste, «bailaor», y los tres juntos no faltaban en ningún bautizo, boda o celebración que se produjera en Jerez. Hacia 1881 decidieron lanzarse los tres a los caminos para ganarse la vida por pueblos y aldeas con el arte flamenco. Fue una gira que duró alrededor de cuatro años, y de la que el guitarrista nos ha dejado puntual noticia.

Comenzaron en Arcos de la Frontera, siguiendo por Villaluenga del Rosario, Grazalema y Zahara, *«pueblecito en el que estuvimos en un café chiquito, y me acuerdo que un señor le regaló a mi hermano un par de botas porque las que llevaba estaban muy malas».* Chacón, siendo ya famoso e importante, solía decir que nunca había sido más feliz en su vida que en esa época, porque era cuando tenía ilusiones. *«Cuando se ponía las alpargatas y cantaba por los caminos, y no se daba cuenta de las leguas que andaba.»*

El punto siguiente fue Algodonales; después, Puerto Serrano y Villamartín, donde se celebraba una feria de ganados; allí les ajustaron a los tres para un café cantante que había por siete duros cada día de feria, más lo que pudieran recoger del público, *«que arreglado a lo que valíamos, era una buena contrata».* Allí el hermano de Molina pasó dos o tres días en la cárcel porque le rompió un vaso en la cabeza a uno que no quería pagarles después de tenerles toda una noche de fiesta.

El camino los llevó de allí a Utrera. *«Eramos dignos de ver* —sigue relatando Molina—. *Chacón, con un lío y sus alpargatas. Mi hermano, con una maleta en las espaldas, a manera de mochila. Y yo, con mi guitarra, las botas de los tres y la merienda. Antes de entrar en los pueblos, debajo de las alcantarillas de las carreteras, merendábamos. La merienda se componía casi siempre de pan, queso, morcilla, chorizo, y alguna vez carne y pescado; y en las posadas, muchos guisos de arroz con bacalao y pimientos. En las alcantarillas nos poníamos los trajecitos de trabajo y las botas, para entrar en los pueblos decentitos.»*

Siguieron a Sevilla, donde tomaron pasaje en un carro para Zafra. Llegaron en tres o cuatro jornadas y allí consiguieron ganar un dinerito, con el cual emprendieron el viaje de regreso a Sevilla, con varios altos en otros pueblos. En tren se marcharon des-

Juan Breva, ya en su vejez, conoció y admiró al joven Antonio Chacón, que irrumpía con fuerza singular en el mundo de la malagueña.

Javier Molina

Manuel Torre

Francisco Lema «Fosforito»

Julián Gayarre

Julián Gayarre decía que Chacón lograba el prodigio de partir un tono en cuatro y se ofreció a pagarle estudios en Milán

pués a Sanlúcar la Mayor, recorriendo con bastante buena suerte casi toda la provincia de Huelva. En la capital hicieron amistad con Salvaoriyo de Jerez, «cantaor» con cierta fama que en tiempos había cantado en el café de Silverio y del que Chacón aprendió algunos cantes de soleares, siguiriyas, polo y caña. Por allí anduvieron tres o cuatro meses, principalmente en Isla Cristina, y después regresaron a Jerez pasando por Cádiz. Los tres eran entonces mucho más artistas que años antes, cuando emprendieron el viaje.

"Cómo reluce la gran calle de Alcalá..."

Tras aquella primera incursión por los cafés de cante andaluces, de la mano de Enrique el Mellizo y Silverio Franconetti, Chacón se fue a Madrid, ciudad en la que estaba destinado a convertirse en auténtico rey del cante. Sería entonces cuando popularizara en la capital los viejos caracoles de José el de Sanlúcar:

«Cómo reluce, cómo reluce
Santa Cruz de Mudela
cómo reluce,
cuando suben y bajan
los andaluces»

que él tuvo el acierto de transformar en su letra:

«Cómo reluce
la gran calle de Alcalá...»

halagando a los madrileños, que inmediatamente hicieron suyo el cante del jerezano, que iba de maravilla con su voz alta y afinada. No fue, pues, don Antonio Chacón el creador de este estilo, como muchos han creído; lo que sí hizo fue exhumarlo del olvido en que se encontraba, *«ponerlo en vigencia y, probablemente, efectuar en el mismo, según su norma inveterada, algunas modificaciones que darían, sin duda, mayor calidad artística a los caracoles...»*.

Por entonces —tendría alrededor de veinticinco años— conoció a Julián Gayarre, ante quien cantó maravillosamente unos martinetes que entusiasmaron al gran cantante. Este manifestó que Chacón lograba partir un tono en cuatro, cosa realmente prodigiosa, y le ofreció pagarle los estudios en Milán para hacerse tenor de ópera. Pero el «cantaor» no aceptó.

No sólo en los caracoles, sino en casi todos los cantes que abordó Chacón, dejó una huella creativa y personal. Tuvo la suficiente inteligencia para comprender sus limitaciones y cuál era el camino en el que podría obtener más altos logros.

Escaso acierto en los cantes gitanos

Sus limitaciones se hicieron patentes en seguida: aunque cantaba todos los géneros, sus facultades y su temperamento no se acomodaban con la misma facilidad a cualesquiera de ellos. Evidentemente, su voz no sonaba gitano, y en los cantes gitanos nunca llegó a sentirse cómodo. Con las bulerías, por ejemplo, jamás se atrevió, a pesar de la amplitud de su repertorio, y con la siguiriya tampoco brilló a demasiada altura. Con los tientos, en cambio, tuvo más fortuna, quizá porque se acomodaban mejor a sus facultades, y a él precisamente se atribuye la denominación de este estilo, que quizá tomó de la copla por él popularizada:

«Me tiraste varios tientos
por ver si me blandeaba,
y me encontraste más firme
que las murallas del alba.»

Pero antes que él habían cantado tientos Enrique el Mellizo y Manuel Torre. En la soleá también Chacón tuvo aciertos, siguiendo la escuela gaditana del Mellizo.

A pesar del escaso acierto en el cante gitano, Mairena señala que el éxito de Chacón se debió al conocimiento que del mismo tenía, porque se había criado en el jerezano barrio gitano de San Miguel: *«A lo primero, Chacón cantaba con su voz natural, pero la voz natural de Chacón no se adaptaba a los cantes gitanos, y entonces puede decirse que se descubrió una voz de falsete, con la cual, prescindiendo ya de las técnicas y estilos gitanos, fue desarrollando el cante flamenco y dándole el gran impulso...»*.

Decíamos que Chacón comprendió con gran inteligencia sus limitaciones y cuál era el camino por el que debía perfeccionarse: los cantes levantinos y malagueñeros. En ambos su influencia fue decisiva.

La malagueña: cumbre de su arte

Por lo que respecta a los estilos de Levante, señala Blas Vega que Chacón llegó

Pepa de Oro, una popular «cantaora» de la época, de quien se dice que enseñó a Antonio Chacón los cantes llamados de «ida y vuelta».

En la malagueña, Chacón alcanzó la cumbre de su arte. A nuestros días han llegado unas seis variantes de la malagueña chaconiana

APE
Antonio Mairena

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA
Pepe «El de la Matrona»

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA
Pastora Pavón

APE
Manolo Caracol

a La Unión hacia 1896, invitado por Rojo el Alpargatero. Don Antonio, que era ya un ídolo a escala nacional, *«tuvo ocasión, durante las temporadas que allí pasó, de apreciar la rica gama de los cantes y musicalidades propias de la región, logrando más tarde con su desbordante personalidad llevar los cantes de Levante al grado máximo de perfección, con una técnica, una armonía y una majestuosidad admirable, impresionante, formando todo un auténtico compendio de categoría artística»*. El cante de la cartagenera lo engrandeció y lo difundió por toda España, aprendiéndolo de él «cantaores» tan notables como el Niño de Cabra y Manuel Centeno.

Pero es en el cante malagueñero donde Chacón alcanzó las cumbres más altas de su arte. Inventó prácticamente la granaína y la media granaína, que hasta él eran simples fandangos, y recreó magistralmente la malagueña, hasta el punto de que *«después de él* —es opinión de González Climent—, *no hubo otra forma de atacar dicho cante»*. Como precisan Molina y Mairena, el arte de Chacón y sus facultades personales encontraron en las malagueñas su esfera propia. *«Brillantez, genio creador, innato don de la musicalidad, un oído seguro y un falsete espléndido, todo ello recogido con clarísima inteligencia y buen gusto inimitable, convirtiéronle en el malagueñero por excelencia»*. Hasta hoy han llegado por lo menos media docena de variantes de la malagueña chaconiana.

En todos los cantes que hizo dejó su huella don Antonio. Dio a la caña seguramente la forma definitiva, la que ha llegado hasta nosotros; añadió al polo los *«ayes»* que le caracterizan; fue genial intérprete de las serranas del Sota; revalorizó la milonga y la colombiana, ambos cantes de los llamados de ida y vuelta, que había aprendido de Pepa de Oro, que los había traído de las Américas.

La aventura teatral

En los tiempos inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial, Chacón fue contratado para cantar flamenco en el teatro San Martín, de Buenos Aires. Así como Silverio había llevado el cante al café, Chacón lo llevó al teatro, sentando las bases de una degradación artística que culminaría en el operismo flamenco. Siendo él tan genial «cantaor», quizá inconscientemente abrió el camino a la época más nefasta de este arte. *«A aquellas leves, lentas modificaciones modernizantes que don Antonio Chacón introdujera por obra de su fama urbana, puede asignárseles el carácter de antecedentes inmediatos de la irrupción —esta vez peligrosa y definitiva— de Pepe Marchena...»*, puntualiza González Climent.

Los detractores de don Antonio quizá han exagerado los reproches en torno a su teatralización del espectáculo flamenco, pero si bien es cierto que no llegó a cantar acompañado de las modernas orquestinas rioplatenses —lo hacía sentado y acompañado a la guitarra—, no lo es menos que *«tenía que aceptar un libreto de ocasión, dentro del cual era un personaje más»*. *«Su majestad y su solemnidad, tan encarecidas, alternaron con apropósitos de pretendido color andaluz. No hay más remedio que reconocer que don Antonio permitió la creciente simplificación del cante, llamando la atención sobre algunas de sus facetas más virtuosísticas y públicas.»*

Molina y Mairena, como en tantos otros puntos, aciertan plenamente al estudiar el proceso del cante de Chacón en este sentido. Primero está su desvío de las siguiriyas y otros cantes gitanos, orientándose fundamentalmente a los cantes levantinos y malagueños, hacia el folklore y las creaciones de tipo personal. Para dominar el escenario teatral, Chacón no tuvo más remedio que rendir vasallaje a la zarzuela y a la ópera. *«El arte que le valió el título comprometedor de "divo" forjó una modalidad sui generis a la vez flamenca y lírica (influida por el llamado "género chico" musical), que tanto tiene de copla andaluza como de aria italiana. Dulcísimas melodías, ponderados floreos, dramáticos énfasis, equilibrio y perfecto dominio musical acreditaron justamente a Chacón como un caso único en la historia: como "el divo del cante flamenco".»* Si a todo ello se añade su voz atenorada, que inauguró el reino del falsete en el flamenco, tendremos explicados todos los ángulos del fenómeno.

Un estilo de vida

Don Antonio Chacón fue, durante los largos años de su apogeo, el rey de las juergas, de las fiestas privadas de los reservados y los *«cuartos»* de tabernas y colmaos. En *«Los Gabrieles»*, en *«Villa Rosa»*, en el Café del Gato, en *«Fornos»*, en el Café de la Viuda... fue auténtico dueño y señor, y cuando él aparecía los demás flamencos que estaban allí a la espera del cliente rumboso le hacían paso con respeto y se quedaban ya prácticamente a sus órdenes, a hacer lo que él quisiera que hiciesen. Como era generoso, muchas noches después de terminada la fiesta Chacón se gastaba lo que había ganado, y más, con los compañeros que habían tenido menos suerte que él, a quienes entonces pedía que le cantaran y bailaran y les pagaba su trabajo como si de un *«señorito»* cualquiera se tratara.

Cinco mil duros por cantar para el Rey

Fue, sin duda —y con mucho— el artista mejor pagado de su tiempo. A una pregunta que le hacen —*«¿Cuánto dinero ha ganado usted?»*—, Manfredi pone en su boca la siguiente respuesta:

—Si le digo que dos millones, no exagero. He cobrado por cantar en público desde seis reales que me dieron en un bautizo, teniendo yo seis años, hasta cinco mil duros por cantar en una fiesta, contratado por el Rey...

Cinco mil duros le dio en cierta ocasión el conde de Grisal, dentro de una cartera, después de haberle oído cantar durante una noche entera. Cuando vio tal cantidad Chacón, considerando que era excesiva, se presentó al día siguiente en la casa del conde para devolverle el dinero, creyendo que era un error; insistió el aristócrata en que se quedara con todo, pero el «cantaor» no aceptó más que una cantidad muy inferior.

En las juergas era frecuente el chistoso o el patoso que no oían el cante con el debido respeto, lo que fastidiaba enormemente a don Antonio. Cuando presumía que algo de eso iba a ocurrir, an-

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

El Rojo «El Alpargatero», con su esposa, a finales del siglo XIX. El fue quien invitaría a don Antonio Chacón a visitar La Unión.

APE

Exterior del «tablao» Villa Rosa, de Madrid. Tras sus éxitos sevillanos, Antonio Chacón se trasladó a la capital, donde se consagraría.

tes de comenzar a cantar solía preguntar con cierta sorna a los oyentes:

—¿Y los señores saben escuchar?

Cuando se metía en fiesta y estaba *«a gusto»*, como dicen los flamencos, Chacón era capaz de pasarse días y noches seguidos sin pensar en irse a dormir. Cuenta Pepe el de la Matrona, una de estas fiestas que tuvieron lugar en el Teatro de San Fernando, de Sevilla, con carnaval, en una reunión que pagaban Manuel Cantares, empresario de caballos de la plaza de toros, y Paco Villegas, carnicero y tratante de ganado de la plaza de toros de Puerto de Santa María. Cerca ya de la mañana se fueron al Pasaje de las Delicias, desde donde llamaron a todo el cuadro flamenco del Novedades, con la Serrana, su padre, Paco la Luz; la Macarrona, la Malena... Y además buscaron también a Diego Antúnez, Manuel Torre, Pastora y Arturo Pavón.

Es decir, que en las Delicias se reunió todo lo mejor que el flamenco tenía en Sevilla en aquel momento. Hasta la una del día, cuando Villegas dijo a los artistas:

—Señores, ¿a ustedes les va a parecer mal que yo le ponga un telegrama al Morcilla, a Cádiz, pa que venga esta noche?, porque les voy a invitar a ustedes, a tos los que habemos aquí, a la cena y a la fiesta.

Efectivamente, por la noche estaba Morcilla, pero el hombre no pudo cantar por mucho interés que puso en ello y mucho vinillo que trasegó para entonarse. Cuando

Así como Silverio había llevado el cante al café, Chacón lo llevó al teatro, sentando las bases de la degradación del flamenco

la fiesta terminó, Chacón pidió a Pepe el de la Matrona, el guitarrista Juan Habichuela y Enrique el Morcilla que se quedaran con él, y se fueron los cuatro a La Campana. Allí siguieron bebiendo y comiendo hasta que Enrique estuvo en condiciones de cantar y salió por soleares. Entonces Chacón se mostró satisfecho.

—Ya estoy contento. Ya te he oído cantar, porque si no, tú no te ibas de Sevilla sin que yo te oyera cantar.

Así era la afición al cante de don Antonio. Estuvieron en La Campana hasta las nueve de la noche, dejó allí los cien duros que le había pagado Villegas en la juerga anterior y aún dejó a deber más dinero sobre las mil quinientas pesetas que debía antes.

Admiración por Manuel Torre

El gran competidor de Chacón en vida fue Manuel Torre, gitano. Pero fue una rivalidad honesta y respetuosa por ambas partes, como nos lo demuestra el hecho de que Chacón siempre expresara su enorme admiración por el otro sin regateo ni mezquindad algunos.

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

El Kursaal, de Sevilla, con «La Macarrona» en el centro, flanqueada por los guitarristas «Niño» Ricardo (izqda.) y Baldomero Ojeda (dcha.).

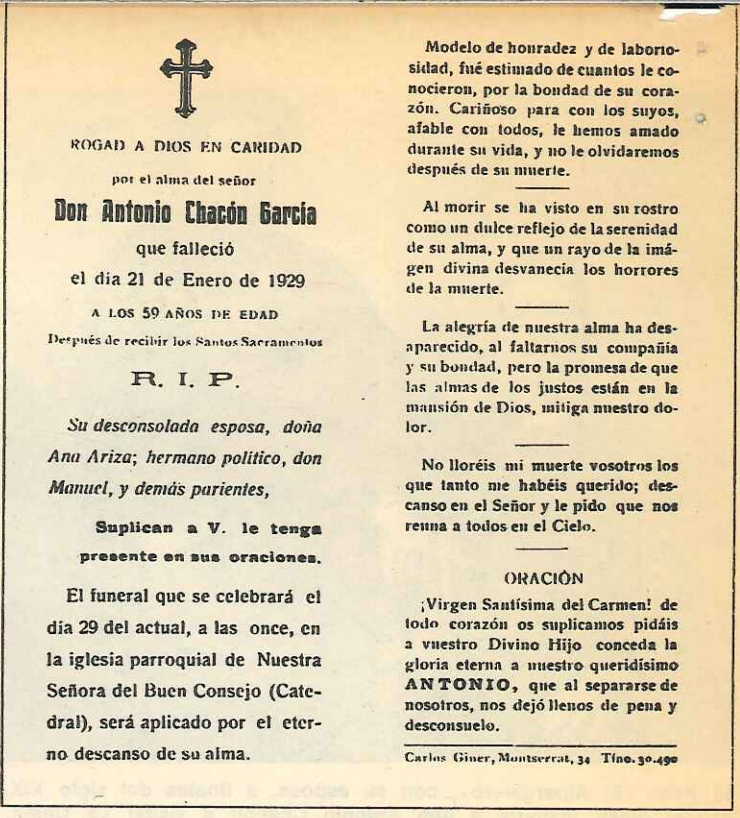
Antonio Mairena nos cuenta que Chacón solía decir a Torre:

*—Majareta—*a s í llamaban algunos al gitano—, *cuando cantas eres como Castelar cuando hablaba.»*

«Me contó a mí Salvaoriyo de Jerez —sigue relatando Mairena— *que una vez Chacón se entusiasmó t a n t o oyendo cantar al Niño de Jerez que le tiró al escenario el sombrero y todo lo que llevaba encima. Esto debió de o c u r r i r alrededor de 1908, aproximadamente, en el Novedades de Sevilla, donde actuaban los dos fenómenos alternándose, o sea un día Chacón y al otro día Manuel Torre. Don Antonio Chacón, las noches que no le tocaba actuar, acostumbraba a alquilar un palco y se presentaba rodeado de su corte de incondicionales, entre los que se encontraba el propio Salvaoriyo, que era su compadre. Salvaoriyo, al igual que la mayoría de los que rodeaban a Chacón, vivía un poco a costa de éste, y siempre andaba elogiándolo y diciendo a todo el mundo que Chacón cantaba mejor que Manuel Torre. Pues una noche de esas en que cantó Manuel Torre, Chacón se entusiasmó de tal manera que se puso en pie y empezó a dar voces alabando el cante de aquel gitano, y fue y le tiró al escenario el sombrero, el bastón, la capa y qué sé yo. Salvaoriyo, que se veía en ridículo, ya que él atacaba a Manuel y defendía a Chacón, le tiraba a éste de la chaqueta pidiéndole que se contuviera en sus elogios, pues todo el mundo los estaba mirando. Pero Chacón se-*

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

Este es el último retrato que se conoce de don Antonio Chacón.



ROGAD A DIOS EN CARIDAD

por el alma del señor

Don Antonio Chacón García

que falleció

el día 21 de Enero de 1929

A LOS 59 AÑOS DE EDAD

Después de recibir los Santos Sacramentos

R. I. P.

Su desconsolada esposa, doña Ana Ariza; hermano político, don Manuel, y demás parientes,

Suplican a V. le tenga presente en sus oraciones.

El funeral que se celebrará el día 29 del actual, a las once, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Buen Consejo (Catedral), será aplicado por el eterno descanso de su alma.

Modelo de honradez y de laboriosidad, fué estimado de cuantos le conocieron, por la bondad de su corazón. Cariñoso para con los suyos, afable con todos, le hemos amado durante su vida, y no le olvidaremos después de su muerte.

Al morir se ha visto en su rostro como un dulce reflejo de la serenidad de su alma, y que un rayo de la imágen divina desvanecía los horrores de la muerte.

La alegría de nuestra alma ha desaparecido, al faltarnos su compañía y su bondad, pero la promesa de que las almas de los justos están en la mansión de Dios, mitiga nuestro dolor.

No lloréis mi muerte vosotros los que tanto me habéis querido; descanso en el Señor y le pido que nos reuna a todos en el Cielo.

ORACIÓN

¡Virgen Santísima del Carmen! de todo corazón os suplicamos pidáis a vuestro Divino Hijo conceda la gloria eterna a nuestro queridísimo **ANTONIO**, que al separarse de nosotros, nos dejó llenos de pena y desconsuelo.

Carlos Giner, Montserrat, 34 Tfno. 30.490

ARCHIVO JOSE BLAS VEGA

La esquela mortuoria editada por los parientes del «cantaor».

El «cantaor», que había ganado grandes sumas de dinero, murió en una modesta pensión madrileña donde tenía alquilado un cuarto

guía, como fuera de sí, jaleando y vitoreando a Manuel Torre, hasta que de pronto se volvió para Salvaoriyo y le gritó:

—«¡Váyase usted a la mierda, compadre!»

Muchas veces, el mismo Chacón hacía llamar a Torre a las fiestas donde él se hallaba. Aun sabiendo que era el único de su tiempo que podía hacerle sombra, su admiración por él era tal que nada le importaba. Mairena ha narrado en sus «Confesiones» el siguiente episodio:

«Era una fiesta en la que estaban algunos señoritos con Chacón, así como Ramón Montoya, el Tripa y otras personas. Había allí un gitano de Linares llamado Basilio, que, por lo visto, era algo extraordinario en las tarantas y tarantos. Aquella noche el Basilio cantó tan bien que eclipsó al propio Chacón, y éste, que era muy soberbio cuando a los presentes les gustaba otro "cantaor" más que él, cosa que para él sería difícilmente soportable, teniendo en cuenta el alto pedestal en que se encontraba, no permitió que nadie pagara la fiesta, y fue y pagó él. Luego le dijo al Tripa que llamara a Manuel Torre a Sevilla y que le dijera que cogiese el primer tren y se presentara en Madrid. El Tripa llamó por teléfono a Sevilla, mientras Chacón se quedaba con Montoya y los otros en "Los Gabrieles".

»Cuando muchas horas después llegó Manuel Torre a Madrid, le estaba esperando en un coche el Tripa, y se los llevó a "Los Gabrieles", contándole por el camino todo lo que había ocurrido. En "Los Gabrieles" se encontraron con que la fiesta seguía. Chacón estaba en mangas de camisa, con la cabeza apoyada sobre los brazos, sobre una mesa. Cuando entró Manuel, Chacón le dio una botella de vino amontillado, que Manuel se bebió casi de seguido en dos vasos muy grandes. Quiso Chacón que cantara Basilio, y éste lo hizo por tarantos:

«Desde mi casa yo veo
la fragua de Tío Laureano,
a Fernando y la Raqueta
y los ojos negros de mi hermano".

»Luego, cuando iba a cantar Manuel Torre, Montoya le fue a tocar por seguiriyas, pero Manuel le dijo:

»"Sigue por ahí".

»Se templó Manuel de forma impresionante y se puso a cantar lo mismo que había cantado Basilio. Y daba escalofríos escucharlo:

"Desde mi casa yo veo
la fragua de Tío Laureano..."

»Nada más dijo eso y ya aquello no se podía aguantar. Basilio agarró una botella y se la rompió en su propia cabeza, y a Chacón tuvieron que sujetarlo porque se quería tirar por el balcón.»

El monstruo de los monstruos

No puede extrañarnos que para muchos «cantaores» don Antonio Chacón haya sido el mejor «cantaor» de flamenco de todos los tiempos. Sobre todo, los que siguen el arte del jerezano, como Jacinto Almadén, o Juan de la Loma, y, sobre todos, Pepe el de la Matrona, quien fue su amigo en vida y es seguramente el que mejor ha conservado sus cantes. *«Chacón ha sido el monstruo de los monstruos —dice el de la Matrona—, porque después de tener esa personalidad suya, todo lo que oía lo estudiaba y lo mejoraba, si era posible. En su voz todo era enorme... De los que he conocido, ha sido el hombre con más rectitud y más respetuoso de su arte. No ponía nada al público que no estuviera bien hecho. Llevaba el flamenco como una segunda religión. Y todo esto lo digo habiendo compartido veinte o treinta años en la lucha con él, siguiéndole. Esa es la palabra, siguiéndoles, porque yo me daba cuenta que lo que él hacía yo no lo podía encontrar en ninguno de su época.»*

«Néctar generoso, catedral gótica —ha dicho Manuel Siurot del cante de don Antonio—. *Meta de todos los que han cerrado los ojos delante de una guitarra, ideal de todos los idealistas y cumbre de un arte inmortal.»*

Un triste final

Y, sin embargo, este hombre que conoció los más grandes honores de la fama y la popularidad, al final de su vida sufrió también la incomprensión de la gente. Los tiempos habían cambiado, el operismo se hallaba en su máximo apogeo y ni siquiera el cante chaconiano, a quien tanto debía aquella corriente, se libró del diluvio. Manolo Caracol contaba que, hallándose en Jerez, fue a uno de tales espectáculos en la plaza de toros, y vio cómo daban una vuelta al ruedo a Angelillo por cantar los caracoles que antes había cantado Chacón entre muestras de desagrado del público. Y de forma parecida se manifiesta Antonio Mairena.

Fue también en el ocaso de su vida cuando hizo sus últimas grabaciones, obligado por sus amigos, porque él ya no quería. José Ortega y Enrique el Granaíno le subieron sujetándolo por los brazos a un estudio de la calle de Peligros. Poco después, el 21 de enero de 1929, moría en una modesta pensión madrileña donde ocupaba un cuarto. Cuando la fúnebre comitiva pasó ante el teatro Pavón, los artistas que allí actuaban le dedicaron sus cantes.

Angel ALVAREZ CABALLERO